

La calle

Diario de un espectador

Clement, no Camile

por miguel ángel granados chapa

Martes 12 abril - 2005

Acaso nos dejamos ganar por la influencia de la boda real, y teniendo en la inconciencia el nombre de la nueva esposa --y antigua amante-- del príncipe de Gales, nos equivocamos y llamamos Camile Mathieu a quien se llama Clement, con ese apellido, y es el protagonista de Los coristas, la cinta de Christophe Barratier (coproducida en Francia, Suiza y Alemania) a la que nos referimos ayer, diciendo que hubiera sido preferible titularla Los niños cantores.

Digamos de paso que también equivocamos el nombre del director del internado donde transcurren los acontecimientos. No se llama Riasin, como dijimos, sino Rachin. Eso nos pasa por confiar demasiado en nuestra memoria y no tomar, así sea en la oscuridad, los datos que hagan comprensible nuestra reseña fílmica. Pero tengan ustedes la seguridad de que, salvo esos deslices, corregibles como es evidente en este momento, todo lo demás cuadra con los hechos como son. O como los vimos.

Vimos un cuadro de la provincia francesa al promediar el siglo pasado, el XX. Rachin, el director y dueño del internado para niños incorregibles, es un arribista que según confiesa en la exasperación, no quería ser profesor pero quedó reducido a esa condición. Ansía reconocimiento social, y por eso ha conseguido que favorezca la actividad de su establecimiento un patronato encabezado por una condesa. Cuando está a punto de recibir una condecoración, engañado el patronato por diversas patrañas del director --entre ellas que a él se debe la creación del coro escolar, al que en realidad se opuso-- recibe la noticia de que su plantel se ha incendiado y tiene que volver inmediatamente a enfrentar la tragedia. Lo más terrible del acontecimiento es que entre las llamas quizá perecieron los pupilos, y sus profesores.

Por fortuna no es así. Aprovechando la ausencia del director, el complaciente y eficaz pedagogo que es Mathieu, ha convidado a los chicos a un día de campo, porque su método de didáctica no comprendía sólo el aprendizaje y la terapia de la música, sino diversas expresiones de libertad. De modo que cuando vuelven al colegio, se muestran tan sorprendidos por el incendio como Rachin que, incapaz de comprender el enorme bien que produjo la infracción del vigilante Mathieu al haber puesto a salvo a los niños, despierte al director del coro.

El incendio había sido causado por un malandrín, un muchacho agresivo que llegó al internado remitido por un siquiatra que necesitaba un siquiatra él mismo. Es un delincuente, que atemoriza a sus compañeros y después de algunos actos de violencia,

es aprehendido por la policía, acusado por el director de haber robado el dinero con que se pagaría a los proveedores (entre otras cosas, de carbón, por lo que los educandos tienen que bañarse con agua helada, porque no hay con qué calentarla). Se sabría más tarde que no fue ese rufiancete el ladrón, sino otro alumno que no había sido regenerado por la música: ante su notoria incapacidad para repetir las notas de la escala, Mathieu lo convirtió en su atril, de modo que sostenía las páginas con las composiciones escritas febrilmente por el maestro que sólo en apariencia se había esterilizado por su fracaso.

El patanzuelo, que pagó una culpa ajena pero sin duda tenía las suyas propias, había buscado sembrar cizaña en el ánimo de Paul, el muchacho de la voz espléndida, que más tarde será gran director de orquesta, diciéndole que su madre era una prostituta. La mala semilla sólo fue expulsada del alma de Paul cuando se escapó un día del internado, y en Lyon espió a su madre sólo para comprobar que se ganaba la vida como mesera en un bistró.

Cuando Mathieu se marcha, despedido, del colegio, no puede resistir la solicitud del pequeño Peppone, el huérfano que esperaba en vano, de que lo lleve consigo. Lo hará un hombre de bien.